

XVII, decia que de esta vida habian escrito mas de cien autores: sin temeridad se puede asegurar hoy que llegan á trescientos.

Pero hay algunas obras especialmente consagradas á nuestra Santa, y que á pesar de mis esfuerzos no he podido ver en ninguna parte. Tales son principalmente:

1.º El manuscrito latino del franciscano contemporáneo, citado por Wadding como de Lovaina. (Véase mas arriba núm. 14 de los impresos y 3.º de los manuscritos).

2.º *Thesaurus antiquitatum Thuringiarum* de H. Crolachius, MS. de 1553.

3.º H. Hanckins, *Angli, Soc. Iesu, Historia de S. Elisabetha*, Paris, 1632, in 8.º

4.º En fin, Enrique de Gante, apellidado el Doctor Solemne, en su libro intitulado: *Catalogus virorum illustrium*, escrito en el siglo XIII para servir de suplemento al Catálogo de escritores eclesiásticos de san Jerónimo, continuado por Sigisberto de Gemblours, dice á propósito de Gerardo, monje de San Quintin en Lila: «*Scripsit plurima miracula, quae B. Elisabeth de Turingiae, post mortem suam dicitur fuisse operata.*» Citado por Mr. Huet en sus excelentes *Recherches sur la vie et la doctrine de Henri de Gand*, 1838, pág. 196.

CAPITULO I

De como el duque Hermano vivia en Turingia y el rey Andras se casó con ella, y de como nació la santa Isabel y fue llevada á España.

HISTORIA

DE

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA.

Entre los príncipes que reinaban en Alemania á principios del siglo XIII, no se contaba otro ni mas poderoso ni mas estimado que Hermano, landgrave de Turingia y de Hesse y conde palatino de Sajonia.

De este ingenuo castellano se sirvieron los antiguos escritores alemanes siempre que combatan nuestra Heróica.

Este título alemán, traducción hieronímica, significa siendo ó duque del país.

Respondens Jesus dixit: Confiteor tibi, Pater, Domine coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et prudentibus, et revelasti ea parvulis.

(Matth. xi, 25).

CAPÍTULO I.

De como el duque Hermann reinaba en Turingia y el rey Andrés en Hungría, y de como nació la AMADA ¹ santa Isabel y fue llevada á Eisenach.

Quasi stella matutina in medio nebulae. (Eccli. I, 6).

Hija fue Isabel de un noble rey, y fue de noble familia; pero muy mas noble por la fe y la religion; y á su ascendencia ilustre ennobleció ella por el ejemplo, ilustróla con milagros, y la hermoseó por gracia de santidad. (Ann. de Hainaut por Juan Lefèvre, l. XLVI).

Entre los príncipes que reinaban en Alemania á principios del siglo XIII, no se contaba otro ni mas poderoso ni mas afamado que Hermann, *landgrave* ² de Turingia y de Hesse y conde palatino de Sajonia.

¹ De esta ingénua calificación se sirven los antiguos escritores alemanes siempre que nombran á nuestra Heroína.

² Este título aleman, traducido literalmente, significa conde ó duque del país.

El valor y talento, heredados de su ilustre padre Luis el *Ferrado*, uno de los príncipes mas notables de la edad media; la especial proteccion del papa Inocencio III; los vínculos de estrecho parentesco que le unian con el emperador Federico Barbaroja, de quien era sobrino, así como con el rey Otocar de Bohemia, y las casas de Sajonia, Baviera y Austria; la posicion de sus vastos dominios enclavados en el centro de la Alemania desde el Lahn hasta el Elba; todas estas cosas reunidas le daban una importancia política extraordinaria. Si bien no pertenecía al número de los siete electores del santo Imperio romano, era no obstante su influencia la que determinaba la eleccion del candidato, mirándose la alianza con Hermann como la señal segura del éxito feliz para el pretendiente de la corona imperial favorecido con ella. Así fue como mas de una vez quedó árbitro de los destinos del Imperio. «Cuando se encuentra un rey ó muy corto ó muy largo, dice «un poema de la época, ó poco al caso para regocijar al país, el señor de Turingia «le quita su corona y la da á quien le place.» Á él es á quien principalmente debió su eleccion en 1211 el emperador Federico II.

Respetaba la Alemania á este Príncipe, no solamente por su poder, sino aun mas por su generosidad sin límites, su instruccion y su profunda piedad. Nunca le avino acostarse sin haber leído por sí mismo ó mandándose leer algun capítulo de la Escritura. Educado cuando jóven en París, santuario supremo entonces de las ciencias sacras y profanas, Hermann habia traído de allá un amor á la poesía tan vivo y ardiente, que durante su reinado hizo formar esmeradas colecciones de los poemas heróicos de los antiguos germanos, pensionando con este objeto á varios amanuenses ocupados en copiar los cantos de los viejos poetas ¹. Viviendo en unos tiempos en que la poesía católica y caballeresca despedía en Alemania sus mas puros resplandores, comprendió el Príncipe toda su inmortal belleza; y si no pudo, á la manera de Enrique VI y una multitud de príncipes y señores de la época, ser contado entre los bardos eróticos, ni oír como ellos sus cánticos, repetidos en los castillos y cabañas, á lo menos ninguno de aquellos señores le excedió en amor á la *gaya ciencia*, y en esplendidez y afecto á los poetas, quienes

¹ *Annales Paulini Isenac*, pág. 30.

eran su habitual compañía y el objeto de su mas esmerada solicitud y cuidado. En cierto modo era su corte la patria de todos ellos, no habiendo él por su parte desmentido esta afición de sus verdes años durante los muchos y borrascosos de su vida y reinado. Pagáronle ellos tan acendrado cariño celebrando á porfía su gloria y bellas cualidades; y así es como encontramos el nombre de este Príncipe en el *Titurel*, el *Parcifical* y todos los monumentos mas populares de la poesia nacional; y así tambien el mas grande poeta de la época dice de él: «Los otros principes son clementísimos, «pero ninguno tan generoso... ahora y «siempre... Á nadie mortifica con caprichos. La flor de Turingia brilla al través «de la nieve; su estío y el invierno de su «gloria son dulces y bellos como la primavera ¹.»

Aconteció en el año 1206, que hallándose este duque Hermann en su castillo de Wartbourg ², sobre la ciudad de Eisenach,

¹ Walther von der Vogelweide.

² Residencia entonces, y por largo tiempo, de los landgraves de Turingia. En 1521, Federico, elector de Sajonia, encerró á Lutero en este castillo para librarle de sus perseguidores; en este en-

reunió en su corte á seis de los mas célebres poetas de la Alemania, á saber: Enrique Schreiber, Walter von der Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Reinhart de Zwetzen, todos cuatro caballeros de antigua alcurnia; Bitterolf, oficial de su casa; y por fin, Enrique de Ofterdingen, simple particular de una familia piadosa de Eisenach ¹. Bien pronto estalló una violenta discordia entre los cinco nobles poetas y este último que, como decimos, aunque no de ilustre cuna, les era igual en popularidad y talento. La tradicion acusa á estos envidiosos hasta de haber atentado contra la vida del pobre Enrique, quien cierto dia, acosado y perseguido por los cinco, no pudo escapar de su furor sino refugiándose en el regazo de la duquesa Sofia (dicese que el mismo Duque iba con los perseguidores) y ocultándose entre los pliegues de su capa. Para terminar de una vez tan enconada rivalidad, se convinieron todos en

cierro, que duró un año, se ocupó Lutero en la traduccion de la Biblia. (*Nota del Traductor*).

¹ Mr. de Spann ha tratado, hace algunos años, de apropiarse al Austria el nacimiento y la gloria de este célebre poeta, á quien atribuye la composicion del poema de los *Nibelungen*.

darse un combate público y definitivo delante del Duque y de su corte, hallándose además presente al acto el verdugo con el dogal en la mano para ahorcar acto continuo á aquel cuyos cantos fuesen declarados inferiores, mostrando bien de este modo que para ellos la vida y la gloria eran dos cosas inseparables. Aprobada la condicion, presidió el Duque el solemne acto que hizo ruido en toda la Alemania, y al cual concurrieron una multitud de señores y caballeros. Los combatientes cantaron uno tras otro y bajo muy variadas formas: en sus versos celebraron á sus príncipes favoritos, los grandes misterios de la Religion, el maridaje legítimo entre el cuerpo y el alma despues de la resurreccion de la carne, la inagotable clemencia de Dios, el poder del arrepentimiento, el imperio de la cruz; y sobre todo, la gloria de María, la muy amada de Dios, nueve veces mas bella que la misericordia á pesar de ser mas hermosa que el sol. Recogidos por los oyentes estos cantos, han llegado hasta nuestros dias con el título de *Certámen de Wartbourg*¹. Todavía hoy forma esta coleccion

¹ En 1830 ha sido publicada esta coleccion por Mr. Etmüller.

uno de los mas importantes monumentos de la literatura germánica, que es al propio tiempo un tesoro de las creencias antiguas y populares, y un irrecusable testimonio del inmenso papel que en la sociedad desempeñaba la poesía, la ciencia y la fe de este siglo. No hubo medio de ponerse los jueces de acuerdo sobre el mérito preferente de los trovadores rivales, y se determinó que Enrique de Ofterdingen pasara á la Transilvania en busca del célebre maese Klingsohr, hombre tan consumado en las siete artes liberales, y en particular la astronomía y la nigromancia, que, segun fama, hasta los mismos espíritus obedecian á sus mandatos, y el rey de Hungría le tenia señalados tres mil marcos de plata anuales por premio de sus importantes servicios. Concedióse á Enrique un año de término para cumplir este encargo; el comisionado fue tan exacto, que el dia señalado se presentó á las puertas de Eisenach en compañía del celebrado sábio.

Mientras que toda la aristocracia alemana tenia fijos los ojos en el ruidoso certámen cuya memoria debia pasar hasta la mas remota posteridad, el Señor, siempre celoso por la gloria de sus escogidos, los

había fijado también para convertirlo en una auréola de gloria y poesía popular que adornara la cuna de una de sus más humildes servidoras.

Efectivamente; alojado el sábio Klingsohr en casa del posadero de Eisenach, Enrique Hellgref, á la izquierda de la puerta de San Jorge, bajó la misma noche de su arribo al jardín de la posada, donde se hallaban reunidos muchos señores de Hesse y Turingia, venidos allí expresamente para ver al sábio, así como otras muchas gentes, oficiales de la corte del Príncipe, y honrados vecinos de la ciudad que, según la costumbre de Alemania, observada también en nuestros días, llegaban á aquel sitio á echar el trago de noche. Toda esta lucida concurrencia rodeó al sábio suplicándole les dijese alguna cosa nueva; á cuya petición se levantó de su asiento, y mirando de hito en hito y por largo tiempo las estrellas, dijo luego á su auditorio: «Voy á comunicaros una nueva muy agradable; estoy viendo una hermosa estrella que se levanta en Hungría, que esparce sus rayos hácia Marburgo y alumbrá des-de allí al mundo entero. Sabed los que me oís, que en esta misma noche ha nacido

«al rey de Hungría, mi señor, una niña que se llamará Isabel; que se casará con el príncipe heredero de esta tierra, y que será Santa con una santidad que llenará á toda la cristiandad de consuelo y regocijo¹.» Oyeron los circunstantes estas nuevas con muestras de grande alegría; y al día siguiente muy de madrugada, los caballeros subieron á Wartbourg á referirlas al Landgrave á quien encontraron encaminándose á la iglesia á oír misa. No quisieron detenerle, y la oyeron todos juntos; pero al salir de la iglesia le refirieron todo lo sucedido con el sábio el día anterior. Sorprendidos quedaron con tales nuevas así el Príncipe como sus cortesanos; y pidiendo aquel al momento su caballo, se dirigió en persona con numerosa y lucida escolta á buscar á maese Klingsohr para traerle consigo á su palacio. Vino en efecto, y durante su estancia en Wartbourg recibió honores extraordinarios, sobre todo de parte del clero, el cual le trató como á obispo,

¹ Excusado es advertir que veneramos profundamente las decisiones de la Iglesia contra la astrología, y en particular la admirable bula de Sixto V *Coeli et terrae*: únicamente hacemos mención de una tradición inveterada y que reproducen todos los escritores.

segun refiere un contemporáneo. El Landgrave le hizo comer á su mesa, y despues de la comida conversaron juntos largo tiempo. El Príncipe, cuya ansiedad paternal se hallaba ya sobreexcitada con aquellos pronósticos, preguntó al sábio cómo estaban los negocios de Hungría; qué empresas meditaba el Rey; si estaba todavía en paz con los infieles, ó si habia empezado de nuevo la guerra. Á todo satisfizo menudamente Klingsohr; y luego pasó á ocuparse en el famoso certámen, objeto de su venida á Eisenach. Presidió el nuevo combate entablado por los contendientes, y tuvo la destreza, no solo de calmar la fiera animosidad de los rivales de su cliente Enrique, sino de hacer tambien reconocer públicamente la superioridad de su mérito. Concluido todo esto, regresó el sábio á Hungría, é hizo el viaje de vuelta como habia hecho la venida, esto es, en una noche, segun refiere la tradicion popular.

Gobernaba á la sazón la Hungría Andrés II, cuyo reinado era tan agradable á Dios como á los pueblos. De una piedad profunda y sumamente generoso con la Iglesia y los pobres, habia adquirido con estas cualidades una fama superior á la que

le dieran sus expediciones guerreras contra los pueblos infieles situados al rededor de las fronteras. Bajo su reinado fueron descubiertas algunas de las vastas minas de oro que todavía hoy enriquecen á la Hungría; en lo cual el pueblo fiel no dejó de ver una recompensa concedida por Dios á las virtudes del Monarca. Vinieron cierto dia los mineros á darle cuenta de que al excavar uno de los flancos de la montaña, habian oido una voz que les gritaba tuviesen ánimo y trabajasen con ardor, porque dentro de esta roca habia encerrada una masa inagotable de oro que Dios destinaba al rey Andrés en recompensa de su piedad y caridad con los pobres. Rogóse el Rey con este favor divino, y aprovechó el nuevo tesoro para fundar iglesias y conventos, y aumentar el número de sus limosnas.

Estaba casado este Rey con Gertrudis de Merania ó de Andechs, la casa quizás mas ilustre del Imperio en esta época. Descendia en línea recta de Carlomagno, y poseia las provincias mas hermosas del Mediodia de Alemania. El padre de Gertrudis, Bertoldo IV, era duque de Meran y de Carintia, margrave de Istria y soberano del Tirol. Su padre Bertoldo III habia rehusado

en 1198 la corona imperial que le ofrecian por unanimidad de votos todos los príncipes. Una de sus hermanas, Heduwigis, que mas adelante fue canonizada, era duquesa de Silesia y Polonia; otra de ellas, Inés, célebre por su hermosura y sus desdichas, fue esposa del rey de Francia Felipe Augusto. Rivalizaba Gertrudis en piedad y celo con su marido; y dotada de esforzado corazon y ánimo varonil, como lo dicen los historiadores, era tambien el modelo de las esposas tiernas y enamoradas.

En el año 1207, en el día y hora pronosticados por Klingsohr en Eisenach, la reina Gertrudis dió á luz una niña ¹, á quien se puso en las fuentes bautismales el nombre de *Elisabeth* ². Celebróse su bautismo con inaudita magnificencia: la recién nacida fue conducida á la iglesia bajo un pálido lo mas hermoso y rico que pudo encontrarse en Buda, que á la razon era una de las principales factorías del lujo oriental.

Ya desde la cuna dió esta niña feliz se-

¹ En Presburgo segun los alemanes; pero segun los húngaros, fue en Saros-Patak, condado de Zemplin.

² Hoy en castellano está cambiado este nombre con el de Isabel. Segun la etimología hebrea de este nombre, significa *llena ó saturada de Dios*.

ñales inequívocas del sublime destino que Dios la reservaba: los nombres consagrados por la Religion fueron las primeras palabras que llamaron su atencion y trató de pronunciar su lengua; y en cuanto se soltó á hablar, en mucho tiempo sus labios no pronunciaron sino oraciones. Prestaba una atencion sorprendente á los primeros rudimentos de la fe, á pesar de que seguramente una luz interior la iluminaba ya para conocer estas santas verdades. Á la edad de tres años, segun cuentan los historiadores, se manifestaba compasiva con los pobres, y dábase trazas de socorrerlos con limosnas. Así en esta vida de la cuna se hallaba como el gérmen de toda aquella vida, cuyo primer acto era una limosna y la primera palabra una plegaria: echábase de ver que desde entonces estaba admitida por Dios esta niña para poseer aquellas gracias que mas tarde debia derramar con tal abundancia sobre la tierra. No bien nace Isabel, cuando cesan como por encanto las guerras en que estaba empeñada la Hungría; y hasta las discordias interiores del reino se calman al propio tiempo. Esta tranquilidad de la vida pública se hace sentir tambien en la vida privada; son ya menos frecuen-

tes las infracciones de la ley divina, los excesos, las blasfemias: el rey Andrés ve colmados todos los deseos y votos que puede formar el corazón de un rey cristiano. Las gentes piadosas y sencillas de corazón hicieron observar la coincidencia de tan súbita prosperidad y feliz cambio en las cosas con el nacimiento de una niña de virtud tan precoz é ilustre; y cuando mas adelante se vió completamente realizado lo que en tan tiernos años prometia, los húngaros se complacian en recordar que nunca niño de régia estirpe habia atraído á su patria mayor número de gracias y prosperidades.

Entre tanto no omitia diligencia el duque Hermann para averiguar si se habia cumplido la prediccion de Klingsohr, y si efectivamente habia nacido en Hungría una princesa el dia designado por el sábio. Y cuando supo que no solo era cierto el nacimiento, sino que la princesita era un prodigio de piedad prematura y visiblemente origen de mil favores del cielo para su país, concibió el mas vehemente deseo de ver cumplirse por entero el pronóstico, desposando á su jóven hijo con la princesa Isabel. Los viajeros que de vez en cuando lle-

gaban de aquellas comarcas, no mas aisladas entonces que hoy del resto de la Europa, le daban con frecuencia noticias de la hija del rey Andrés. Particularmente cierto dia, un monje recién llegado de Hungría refirió al Duque que, hallándose ciego habia cuatro años, quedó repentinamente curado al simple contacto de la jóven Princesa. «Toda Hungría, dijo el religioso al Duque, se regocija por causa de esta niña que ha traído la paz consigo.»

No fue menester mas para que Hermann decidiese enviar al Rey de Hungría una embajada compuesta de señores y nobles damas, á fin de pedirle solemnemente la mano de Isabel para su hijo Luis y traer la Princesa consigo, si fuera posible, á la Turingia. Eligió para esta embajada al conde Reinhardo de Muhlberg, Gauthier de Varila, su copero, y á madama Berta, viuda de Egilolf de Beindeliben, que al decir de los cronistas era conocida por su sabiduría y su modestia, no menos que por su piedad y reputacion sin tacha. Dióse á esta señora por acompañamiento dos doncellas nobles y dos escuderos. Los embajadores llevaban un séquito de unos treinta jinetes; y era de ver como durante el camino eran aco-

gidos por los príncipes y prelados cuyas tierras atravesaban, con la distinción debida á su rango personal, y al príncipe de quien eran enviados. Habiendo llegado la comitiva con toda felicidad á Presburgo, recibió una hospitalidad régia y todo género de obsequios, entre ellos la celebracion de un sinnúmero de misas desde el dia siguiente de su arribo.

Habiendo manifestado al Rey el objeto de su venida, éste reunió un Consejo para tratar de la demanda del duque de Turingia. Klingsohr la apoyó con calor: en un discurso, que puede servir de cuadro del estado de la Turingia en esta época, ponderó largamente las riquezas y poder de Hermann; enumeró los doce condes que eran vasallos suyos, sin contar los barones y caballeros; las buenas fortalezas que defendian el país; hizo ver cuánto éste le habia agradado por lo fértil y bien cultivado, la multitud de hermosos bosques y estanques abundantes en pescado, y lo bien que allí lo pasaba el pueblo, que bebia rica cerveza y comia abundante pan blanco. Pasó luego á encomiar el carácter personal del Duque, añadiendo que, á su parecer, el hijo del Landgrave reunia todas las cuali-

dades que podian exigirse á su edad. Tambien la reina Gertrudis apoyó la peticion del Duque hablando en el mismo sentido que Klingsohr; tanto que el Rey, cediendo á sus razones é influencia, vino en separarse de su querida hija. Pero quiso que antes de la partida se celebrase en su honor una fiesta con brillantes regocijos, á la cual convidó á todos los señores y damas de su corte: los juegos, bailes, músicas, y sobre todo los cantos de los trovadores duraron tres dias consecutivos; al cabo de los cuales, los embajadores del Duque pasaron á despedirse del Rey. Éste les entregó entonces la pequeña Isabel que solo tenia cuatro años, envuelta en un cobertor de seda bordado de oro y plata; y metiéndola en una cuna de oro macizo, la puso en manos de los embajadores. El Rey, dirigiéndose al señor de Varila, le dijo: «Confio á tu honor mi consolacion suprema.» Á lo cual contestó el caballero: «Yo la tomo bajo mi guarda muy de mi grado, y la seré fiel hasta la muerte.» Y el caballero mantuvo su palabra como verémos en el curso de esta historia.

Antes de salir de Presburgo los embajadores recibieron del Rey presentes de va-

lor infinito, así para ellos como para el Duque, en calidad de dote de la Princesa. La minuciosa descripción que de estos regalos hacen las crónicas del tiempo, diciendo textualmente que jamás se vió en Turingia cosa mas rica ni de igual hermosura ¹, hace inferir que estos desposorios señalan la introducción en Alemania de un nuevo desarrollo de la industria y del lujo de Oriente que, en tan remota época, no puede carecer de importancia para la historia del arte y de la industria germánica ². Añadió la Reina por su parte mil marcos de plata, con la promesa de doblar esta suma de su bolsillo particular, si no se lo estorbara la muerte.

Por fin partieron los enviados; pero su tren se había aumentado tanto, que en lugar de los dos carruajes que habían traído, hubieron de emplear hasta trece. En la comitiva se contaban trece doncellas nobles, confiadas por el Rey á la embajada para compañeras de Isabel, que el duque Hermann dotó y casó en Turingia.

El regreso fue feliz. Desde que el duque Hermann y la duquesa Sofia tuvieron noti-

¹ *Cod. Darmst.; Vita Rhyt. § VIII, cod. Palat. Heid. cv.*

² *Theod. l. c. Vita Rhyt. l. c.*

cia del éxito de la embajada, y de que la comitiva se hallaba ya cerca, ambos se hincaron de rodillas y dieron gracias á Dios que había oído sus votos. Luego bajaron de Wartbourg á Eisenach para la recepción de los enviados, á quienes Dios había inspirado tan bien en el cumplimiento de su encargo. Tenia á los Duques medio locos la alegría de haber obtenido la jóven Duquesita, segun cuenta uno de los cronistas oficiales de la corte. La comitiva se alojó por disposición de los Duques en la posada de Hellgref, aquella posada donde había pronunciado Klingsohr su profecía, y que era la mejor de aquel tiempo. Allí tomó el Landgrave entre sus brazos á la Princesita; la apretó contra su pecho, y de nuevo dió gracias á Dios por habérsela otorgado: luego subió á Wartbourg para preparar el alojamiento, y la duquesa Sofia pasó la noche entera junto á la niña Isabel. Al día siguiente de madrugada la llevó al castillo, donde el Duque aguardaba en medio de su corte reunida y de una gran concurrencia de gente principal y distinguida, á quienes había invitado para que contemplasen la niña preciosa que Dios y el Rey de Hungría le enviaban.

Celebráronse con gran pompa los desposorios de la Princesa, que tenia entonces cuatro años, con el duque Luis que contaba once: y luego, á imitacion de lo hecho en Presburgo, hubo grandes banquetes, bailes y suntuosas fiestas, en las cuales la poesía, que era la gran gala de la corte de Turingia, lució con su brillo acostumbrado.

Á contar desde este día, Isabel no se separó nunca del que mas tarde debia ser su esposo y á quien desde este momento llamó su hermano. Tierna y saludable costumbre de las edades y familias católicas, esta educacion dada en comun á aquellos cuya vida debia ser tambien comun algun día y para siempre; inspiracion bienhechora que confundia en el corazon del hombre el puro nombre de hermana con el sacro nombre de esposa; que, utilizándolo todo en la vida, hacia refluir las frescas y fugitivas emociones de la vida en pro de los graves y duraderos deberes del matrimonio, que se apoderaba para calmar y santificar el corazon de sus propios ardores é ímpetus, envolviendo así en los lazos de un mismo y solo amor cuanto de mas íntimo y puro tiene la vida, los recuerdos mas dulces y las afecciones mas santas.

CAPÍTULO II.

De cómo honraba á Dios la niña santa Isabel.

Elegit eam Deus et praelegit.
(Ecclesia).

V ans avoit d'age droit
Sainte Ysabiaux la Dieu aimée,
La fille le roi de Hongrie,
Quant a bien faire commensa.
(Rutebeuf, Mss. bib. Roy. 1633).

Del seno mismo de la familia, que por disposicion de la Providencia se veia privada de la pequeñuela Isabel, nacieron dos causas que contribuyeron desde muy temprano á desarrollar en aquella tierna alma las preciosas disposiciones que ostentó desde la cuna. En primer lugar, Isabel habia visto en su tia materna Heduwigis la union de todas las virtudes cristianas con la majestad soberana; aquella Duquesa de Polonia, que mas tarde colocó la Iglesia en el catálogo de los Santos, y cuya rigida piedad era ya un título de gloria para su familia, se presentaba á los ojos de Isabel como un modelo de edificacion que la preciosa niña supo comprender é imitar.